

Sicilia, los Magistrados, los Duques, los Prelados y todos los fieles de ambos sexos, absortos á vista de sus portentos, se maravillan aun mas al ver que este varon singular apenas pisó las primeras gradas de la juventud, quando ya emulaba la sublime perfeccion de los Antonios, Hilariones y Pablos; al ver, que en medio del tumulto de las gentes conservaba el recogimiento del mas perfecto solitario, y la mortificacion del penitente mas austero; al ver sus vigiliass, sus ayunos, su humildad, su oracion, sus raptos, su comercio con el cielo, y los rayos de luz que salian de su rostro; al ver finalmente, que aquellas manos obradoras de tantas maravillas, que dan salud á los enfermos, lengua á los mudos, vista á los ciegos, pies á los tullidos, y vida á los muertos; que aquellas manos prodigiosas eran las mismas que se empleaban en los ministerios mas viles y despreciables del claustro, en limpiar las inmundas llagas de los leprosos, y en transportar el alimento preciso á los encarcelados. ¿Qué prueba mas decisiva de la verdad de sus milagros, que la evidencia de sus prodigiosas virtudes? ¿Qué señal mas clara de ser Benito el Taumaturgo de su siglo, que el verle practicar en todos los instantes de su vida los actos mas heróycos de perfeccion?

Él en su infancia pasa desde la misma cuna á los brazos de la virtud: en sus años juveniles poseyó la heroycidad de los mayores Santos; y en su ancianidad conserva el mismo espíritu y las mismas virtudes: su inocente cuerpo estuvo siempre agoviado con las santas crueldades que practicó desde su tierna edad hasta los últimos suspiros: su corazon vivió siempre abrasado en los incendios de la mas ardiente caridad; y todos sus sentidos estuvieron siempre sujetos á las impresiones de la gra-

cia: él al fin fué un hombre que al primer paso llegó al término de la perfeccion, y en una edad sexágenaria continuaba todavia en caminar con igual fervor á vista de todo el mundo. ¿Podia darse testimonio mas auténtico, ni otra prueba mas eficaz para convencer á todos, que ver que sus milagros correspondian á sus virtudes, y que estas daban nuevo realce, y servian de apoyo y confirmacion á los portentos que obraba? Concluyamos, que la prodigiosa santidad de Benito dió nuevo lustre y autoridad á sus prodigios, y esta misma santidad hizo mas creibles sus milagros. Esto fué lo que propuse demostrar en la primera parte. Ahora añado, que sus milagros sirvieron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raiz de mayor perfeccion. Estoy en el

#### PUNTO SEGUNDO.

Por mas que la profana antigüedad adorne su historia con las mentidas maravillas, de que se gloria, para deslumbrar á los incautos: por mas que la Pitonisa de Endor atribuya á sus encantos la famosa aparicion de Samúel, y los hechiceros de Egypto multipliquen prestigios para remedar los portentos que obraba Moysés: por mas que los soberbios Pagános aplaudan los falsos milagros de un Apolino de Tianeá, y Roma sea el teatro de las fingidas maravillas de Simon Mago; solo Dios, dice el Angel de las Escuelas, puede mudar las leyes del universo, y á él solamente pertenece escoger una criatura, comunicarla su poder, hacer de ella un Taumaturgo, y elevarla sobre toda la naturaleza; entonces la sabiduría del siglo, el valor de los conquistadores, la habilidad de los políticos, la autoridad de los Magistrados, la magestad del

trono, la púrpura romana, toda la grandeza pierde su resplandor, y se eclipsa en presencia del hombre de milagros, á quien Dios ha escogido: éste parece superior á los demas mortales, porque es depositario del poder del mismo Dios, y aun las criaturas insensibles, los elementos, el fuego, la tierra, el ayre, el mar y el abismo escuchan con sumision el sonido de su voz.

De este modo se portó Dios con el incomparable Benito. Desde su nacimiento le propuso como un espectáculo extraordinario á todo el universo, imprimió en él los caractéres y señales de su poder divino, le revistió con la fuerza de su brazo, puso en sus manos las llaves del cielo, y le enriqueció con los tesoros de su omnipotencia. En su presencia se postran las deidades sublunares, el mundo entero le tributa sus respetos, los pueblos, los Monarcas, los Obispos, los Vireyes, los Cardenales y los Sumos pontífices le reverencian, y admiran los prodigios que obra en vida y en muerte, y su sepulcro se halla adornado de los trofeos, que á su memoria han levantado el sacerdocio y el imperio.

¡Qué asombro, señores, ver á un pobre lego hecho árbitro, dueño y señor de todo el mundo, á cuya voz nada hay en la naturaleza capaz de resistir! Él manda, y al punto los elementos olvidan su natural inclinacion: el ayre pierde sus malignas influencias, los vientos reprimen sus furiosos embates, la tierra mejora sus estaciones, el mar apacigua sus espumosas olas, el cielo se explica en abundantes lluvias, las criaturas mas insensibles se detienen ó se mueven á la voluntad de este Tauturgo, y toda la naturaleza pasmada, atenta y obediente reconoce en él el poder del supremo Criador.

Seria poco haber tenido este imperio sobre las criaturas inanimadas, si no lo hubiera exercido tambien sobre los mismos hombres. En efecto vieron á este varon portentoso caminar por las plazas, aldeas y ciudades populosas, llevando consigo las llaves de la vida y de la muerte. Le vieron atravesar toda la Sicilia, dexando en todas partes vestigios y señales de su mano milagrosa. Allí hace revivir á dos niños despues de muchas horas que habian espirado, y los restituye sanos á sus desconsolados padres. Aquí renueva el prodigio de San Pedro en el pórtico de Jerusalem, y hace caminar á un paralítico con el contacto de sus manos. Allí cierra el sepulcro, y libra de las fauces de la muerte á una matrona desauiciada entre los dolores del parto, y aun á otra muger hidrópica que habia apurado en vano todos los arbitrios de la medicina. Aquí da vista á dos ciegos de nacimiento, y luego cura las calenturas mas pútridas, y las llagas mas desesperadas con un sorbo de agua comun, ó dando á mascar á los pacientes una corteza de pan. Allí hace hablar á los mudos, oír á los sordos, y salir á los demonios de los cuerpos de los energúmenos que habian atormentado mucho tiempo. Ya se dexa de ver en los hospitales de los agonizantes, y á su vista huyen las fiebres malignas, y los enfermos quedan consolados y restituidos á una perfecta salud. Y para decirlo en compendio, todos los lugares por donde pasa ven desaparecer los males que los afligian, ninguno invoca en vano su maravilloso poder; en una ciudad renueva los mismos prodigios que acaba de obrar en otra, y parecia que la naturaleza habia recibido orden de su Autor para obedecer en todo á Benito de Palermo: *In vita sua fecit monstrua, et in morte mirabilia operatus est.*

Taumaturgo y Profeta á un mismo tiempo, rompe los velos que ocultan los sucesos de los siglos futuros, y queda todo patente á su vista: ve las revoluciones mas extrañas, y las mas singulares escenas que han de acaecer en la Iglesia y en el Estado. Reune su imaginacion las diferencias de los tiempos, señala con la mayor distincion sus circunstancias, y como si tuviera presentes todos los lugares, declara como Isaías y Jeremías lo que pasa en todas partes; los secretos del corazon se descubren á la penetracion de este Samuel, y como aquel Vidente del antiguo pueblo registra lo mas interior de las conciencias, él revela á unos, como Ezequiel, el funesto decreto de su muerte, y á otros anuncia, como Natan, sucesos prósperos y favorables.

¿Qué mas? Un hombre sin letras, educado en medio de las selvas, empleado en los ministerios económicos del claustro, sin haber cursado jamas las Academias de Europa, habla el lenguaje de los sabios, discurre sobre los puntos mas delicados de Teología, penetra los misterios mas altos de la Religion, y descubre las verdades mas abstrusas, que no se alcanzan con el estudio de las letras; los varones mas famosos de su siglo, los oráculos que se habian hecho admirar en el Concilio general de Trento, estos hombres que habian encanecido sobre los libros le consultan en sus dudas: los pueblos acuden en tropel al retiro de su celda, ansiosos de oír las palabras de vida eterna que salen de su boca; la fama de su nombre vuela hasta los últimos confines de la Europa, y todos repiten admirados lo mismo que decian los Doctores de la antigua Ley, hablando del Salvador: *Quomodo hic litteras scit cum non didicerit?*

¿Quién creeria, oyentes, que un hombre cerca-

do de tantos honores, lisongeadado de grandes y pequeños, y rodeado de los aplausos de un numeroso pueblo que acude á la voz de sus prodigios: un hombre, cuya gloriosa memoria todavia brilla en la obscura noche del sepulcro, y cada dia se manifiesta con nuevas maravillas, y cuyos inauditos portentos han volado por las dilatadas regiones del antiguo y nuevo mundo; quién creeria que este hombre, colocado en medio de las clamorosas voces de la tumultuaria muchedumbre que le aplaude, no expondria su virtud al peligro de la distraccion, su austeridad al riesgo de la tibieza, ó su humildad á los lisongeros vapores de la vanidad? Sin embargo, acompañadle con la consideracion á las ciudades mas populosas, á la presencia de los Vireyes, al palacio de los Obispos, á las casas de los Grandes, donde el ocio y las delicias se suceden mutuamente: seguidle por las calles y plazas mas públicas, centro y depósito de los placeres y de la disipacion, y le admirareis en todas partes el solitario mas perfecto, y el religioso mas austero; y convendreis conmigo en que sus milagros contribuyeron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raiz de mayor perfeccion.

No lo dudeis. Presentanse á su vista el aparato ostentoso y pompa alhagüeña del siglo, pero sin merecerle la menor atencion vive sosegado en el seno de la confusion, y silencioso en medio del estrépito; su alma se halla tan unida con Dios, que el mundo no tiene la menor entrada en su corazon: enagenado en las profundidades de una sublime contemplacion, camina por medio del tumulto olvidado de todo, desasido de la tierra, y tan absorto en las cosas del cielo, que no piensa sino en Dios, no suspira sino por Dios, no vé ni oye sino á Dios, como si en este vasto universo no hubiese

mas que Dios y Benito. El bullicio tempestuoso del siglo que le embiste, no le impide sus rigurosos ayunos, su austeridad continua, el ejercicio de su oracion, el fervor de su devocion, la vigilancia de su zelo, lo encendido de su caridad, ni su profundo recogimiento: él vive unido con Dios, y crucificado al mundo en medio del mismo mundo, y Dios se comunica con él con la mayor abundancia y liberalidad. ¡O famosas soledades de Egipto y de Tebayda! ¿podreis vosotras, mansion de los mas célebres anacoretas, presentarnos á la vista un exemplo mas ilustre de perfeccion? ¡Ah! Vivir en soledad retirado del bullicio del mundo, vivir en las cavernas subterráneas adonde no llegan los silvos lisongeros de la sirena encantadora: esto lo han hecho gloriosamente los Arsenios, Romualdos, Hilariones y Pacomios; pero vivir en soledad en el mismo mundo, en medio de una babilonia tempestuosa, en las ciudades de mas tumulto, y hasta en los palacios de los grandes sin arriesgar la santidad, estaba reservado para el incomparable Benito de Palermo; la disipacion, el boato, las delicias y el estrépito de un siglo tumultuoso no pudieron turbar su recogimiento interior, su union con Dios, ni su amor á la penitencia: así como los aplausos, las honras y los obsequios de un mundo halagüeño no fueron capaces de alterar su profunda humildad.

En efecto, Benito se vió elevado al mas alto grado de reputacion: los pueblos se postran á sus pies para implorar su proteccion, los enfermos convalecidos, los ciegos que recobran la vista, y los muertos resucitados publican á gritos sus maravillas: los grandes aplauden su poder, el mundo entero asombrado con sus milagros pregoná sus elogios, los Prelados, los Vireyes, los Duques y

Marqueses, lo mas alto y sagrado del Sacerdocio, lo mas encumbrado y augusto del siglo, todos obsequian y panegirizan publicamente sus portentos; pero estas aclamaciones tan lisongeras, léjos de deslumbrar y de ingreir su corazon, le sirvieron para humillarle y confundirle mas. De sus universales aplausos apela al tribunal de su conciencia, y llora amargamente la ceguedad de unos pueblos empeñados en tributarle alabanzas, que solo merece el supremo Criador: se llena de congoja, gime y se aflige porque no puede persuadirles que las maravillas que le ven obrar son únicamente dádivas graciosas del Omnipotente; se duele porque no le creen que él no tiene parte alguna en los milagros que tanto ponderan, y solo se consuela, quando resarce sus importunos honores con los abatimientos y humillaciones que inventa.

Representaos christianos á este hombre singular hecho la admiracion y asombro de los pueblos; poderoso en obras y palabras; aclamado en todos los contornos de Sicilia, Nápoles y España; famoso en la opinion de los grandes y pequeños; el Profeta que vaticina á las naciones sus futuros destinos; el Taumaturgo á quien obedece la naturaleza; el justo á quien Roma prepara ya altares y dispone templos; preguntadle qué piensa de sí, y os dirá que es un pecador miserable, digno de ser el oprobrio y el desprecio de las criaturas. Si considerais sus acciones, todas son una serie de humillaciones, y una cadena de abatimientos; vedle huyendo de los aplausos, que le ganan sus milagros, á los últimos rincones del claustro; vedle ocupado diariamente en los ministerios mas baxos y despreciables de la comunidad: vedle como el mas miserable pordiosero mendigando dia y noche

de puerta en puerta el alimento necesario para los Religiosos de su Convento; vedle.... ¿Pero qué no veriais en un hombre extraordinario, nacido para la virtud, y que habia levantado en el fondo de su corazon el imperio de la humildad? ¿Son estos los efectos maravillosos que causan en Benito de Palermo los honores y las aclamaciones que por todas partes le cercan á vista de sus milagros? Si por cierto, Católicos: los prodigios y las maravillas que ha obrado, y los aplausos que se ha merecido solo han servido para aumentar, acrisolar y perfeccionar su santidad.

Confesemos pues que los milagros de San Benito de Palermo debieron su mayor aplauso, su mayor esplendor y su mayor gloria á su prodigiosa santidad, así como su santidad debió su mayor aumento y su mayor mérito á sus milagros; la santidad de Benito fué la prueba, el apoyo y el argumento de sus milagros, porque ella misma hizo mas creibles sus milagros, y de ella le resultó mayor autoridad y mayor aplauso, y sus mismos milagros acreditaron su santidad, porque contribuyeron al aumento y á la perfeccion de su virtud, y fueron ocasion y origen de mayor santidad. Por eso para pintar á San Benito de Palermo con un solo rasgo, y ceñir su elogio á las palabras de mi tema, concluyo que este grande hombre tan obrador de maravillas y prodigios, fué igualmente santo que milagroso: *In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.*

Santo mio, por tu nacimiento perteneces á Sicilia: por inclinacion eres hijo del Patriarca de Asís; pero la piedad de tus devotos cofrades te reconoce por Patron, Abogado y Protector: mira con propicios ojos desde el cielo donde habitas á esta ilustre confraternidad: extiende sobre ella tu

mano fecunda en milagros para que se conserve con el mismo espíritu y fervor. No te olvides de este pueblo devoto que fija en tu proteccion toda su prosperidad: alcanzale por tu medio los auxilios y gracias que necesita para conducirse por las sendas rectas, merecer el premio eterno, y alabar á Dios en vuestra compañía por toda una eternidad. Amen.